

EL MARCO HISTORIOGRÁFICO: EL CALCOLÍTICO EN LA REGIÓN DE MURCIA¹

Joaquín Lomba Maurandi

Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua e Historia Medieval
Universidad de Murcia*

RESUMEN

Este artículo es una revisión de la Historiografía del Calcolítico en Murcia (SE español), y muestra la evolución y desarrollo de tendencias y críticas a lo largo de este siglo, desde los primeros trabajos de campo (Inchaurrandieta, Siret, Cuadrado) hasta las más recientes actuaciones. También se pretende mostrar perspectivas y consideraciones teóricas en torno a diferentes aspectos de la arqueología de la Prehistoria Reciente en la zona.

Palabras clave: Murcia, Calcolítico, Historiografía, Sureste español.

ABSTRACT

This article is a review of Chalcolithic Historiography in Murcia (Southeast Spain), and shows the evolution and development of tendencies and criticisms along this century, since the formers field works (Inchaurrandieta, Siret, Cuadrado) until the more recently actuations. Another aim of this work is to stress perspectives and theoretical remarks around differents aspects of the recent prehistoric archaeology in the area.

Key words: Murcia, Chalcolithic, Historiography, Southeast Spain.

I. INTRODUCCIÓN: LOS TRABAJOS DE CAMPO

Desde las primeras noticias sobre el mundo calcolítico murciano, a propósito del enterramiento de *Blanquizares*, hasta los últimos trabajos de campo, el conocimiento del *Eneolítico* de la zona ha experimentado importantes cambios en el volumen de datos disponibles, en el esfuerzo investigador y en el planeamiento de hipótesis de trabajo (Gilman, 1987). La cuantía e importancia de este desarrollo ha llevado en la actualidad a la necesidad de realizar replanteamientos generales de la cuestión, a la revisión y

actualización de las colecciones de materiales (Lomba, 1989/90) y también a la reinterpretación de gran número de yacimientos, como *Las Amoladeras* (Eiroa, 1989b: 58).

Los primeros trabajos de cierta entidad se centraron en la zona del Guadalentín, con la excavación de *Blanquizares de Lébor* (Cuadrado, 1930) y más tarde, después de la Guerra Civil, del *Campico de Lébor* (Val, 1948), que definieron la existencia de una serie de materiales que conectaban el Calcolítico local con el floreciente mundo de Andalucía Oriental, siguiendo las tesis ya planteadas por Siret (1890), matizadas después por Martínez Santa Olalla (1948)

* Cf. Santo Cristo, 1, 30001 Murcia.

¹ Este trabajo constituye, con algunas modificaciones, el capítulo de Historia de la investigación de la Tesis Doctoral *Las industrias líticas talladas de la Región de Murcia. Tipología, distribución y análisis contextual*, de la que es autor el que suscribe, leída en Murcia en febrero de 1995.

cuando nos habla de la impronta norteafricana en la España meridional, toda una línea de interpretación cuyo representante más destacado fue Bosch Gimpera (1932).

Encauzados los trabajos en esta línea, los sucesivos descubrimientos no hicieron sino corroborar estas tesis de un Calcolítico local ligado al de la vecina Almería, aunque cada vez más definido como límite oriental del flujo expansivo del *Horizonte Millares* (Muñoz, 1986c). Esta concepción de las tierras murcianas como zona límite de culturas meridionales también se ha venido aplicando para otros períodos de la Prehistoria Reciente, como ocurre con el mundo argárico (Lull, 1983: 408-410) o con el Bronce Final de influencia tartésica (Pellicer, 1986).

En cualquier caso, los años de estos primeros trabajos son también los del descubrimiento de la *Loma de los Peregrinos* (Fernández Avilés, 1945) y, ya tras el obligado paréntesis marcado por la guerra² y la posguerra (el *Campico de Lébor* se excava en 1947), de la creación del Departamento de Arqueología de la Universidad de Murcia, primero con Nieto Gallo y después con Muñoz Amilibia.

Coincidiendo con la llegada de Muñoz Amilibia a Murcia se produce una reactivación de los trabajos sobre el período en cuestión, realizándose excavaciones en *Barranco de la Higuera* (García del Toro, 1980b), *Cueva de los Alcores* (García del Toro, 1980a), *Las Amoladeras* (García del Toro, 1987a), *El Prado* (Walker, 1985), y el *Cabezo del Plomo* (Muñoz, 1982b), a cargo de miembros del Departamento de Arqueología de la Universidad. El estudio del Calcolítico se extiende ahora a toda la geografía regional, documentándose facies muy diversas en función de su dispersión territorial y de su ubicación; sirvan de ejemplo las fortificaciones tipo *Millares* del *Cabezo del Plomo* y el asentamiento en llano de *El Prado*. Todo ello coincide con la primera promoción de licenciados en la Especialidad de Arqueología e Historia Antigua en la Universidad de Murcia, en 1979/80. Esta activación de los trabajos de campo no se circunscribe a lo calcolítico, sino que afecta también al mundo argárico (trabajos en *Cerro de las Viñas*, *Almendricos*, *Cobatillas*, *Cabezo Negro*) (Ayala, 1991) e ibérico (*Cobatillas*, *Molinicos*, etc.) (Lillo, 1981), y más tarde del Bronce Final (*Castellar*, *Verdolay*, *Ceperos*, *Coimbra*, etc.) (Ros, 1989).

Comienza a definirse un rico Calcolítico, caracterizado por una cierta variedad en los tipos de asentamiento; un mundo funerario dominado por el enterramiento colectivo y la incineración parcial (Idáñez, 1986); y por la aparente práctica ausencia de megalitismo³.

2 Durante la contienda sólo se realizaron trabajos arqueológicos en el yacimiento argárico de *La Bastida de Totana*, a cargo de Juan Cuadrado Ruiz, si bien no se conocen ni memorias ni depósito de materiales de estas campañas, realizadas con presos políticos de la cárcel de Totana (en Martínez Santa Olalla, op. cit. 1947, pp. 44).

3 Las actuales investigaciones descartan esta ausencia, que queda matizada al restringir la distribución del megalitismo al área occidental de la Región (San Nicolás, 1994).

Además, y teniendo como precedente los trabajos del *Barranco de la Higuera* y *Los Alcores*, se inician las excavaciones de urgencia propiamente dichas, tanto en enterramientos —*Murviédromo* (Idáñez, 1987), *La Represa* (San Nicolás, 1982), *Dolmen I de Bagil* (San Nicolás y Martínez Andreu, 1979/80), *Carboneros*— como en asentamientos —*El Capitán* (Gilman y San Nicolás, 1995), *Antigua Cárcel de Totana, casco urbano de Lorca*⁴—. Así mismo, comienzan los trabajos en la *Cueva del Calor* (San Nicolás, 1985), con materiales desde el Neolítico al mundo ibérico, y en la *Cueva de los Tiestos* (Molina Grande, 1990).

Desde finales de los 80 hasta la actualidad⁵, y siempre hablando de yacimientos calcolíticos, se han abandonado o paralizado todas las actuaciones ordinarias iniciadas en la etapa anterior (*Cabezo del Plomo*, *El Prado* y *Las Amoladeras* en 1984), salvo en la *Cueva del Calor* —última campaña en 1990 (Martínez Sánchez, 1990)—; se han excavado nuevos yacimientos —*La Salud* y *Cueva Sagrada I* en 1987/88 (Eiroa, 1990); *Bagil* en 1990/94 (Eiroa, 1995)—; se han iniciado por fin tareas de prospección arqueológica —Valle del Guadalentín, Comarca del Noroeste (López et al., 1991), Rambla de Lébor y Sierra de la Tercia; Los Losares de Cieza—; y se han continuado las intervenciones de urgencia, tanto en forma de excavación —*El Milano* en Mula (San Nicolás, 1987), *Necrópolis del Capitán* en Lorca, *Pajasola* en Cehegín, *Casa de Noguera* en Caravaca— como de prospección, a raíz de obras del M.O.P.T. y de la C.H.S. principalmente.

Desde la perspectiva de la disponibilidad de los datos hay que lamentar la no publicación de los resultados de algunas excavaciones de urgencia, y también la ausencia de memorias publicadas de ciertas actuaciones ordinarias ya finalizadas en los últimos años y que presumiblemente son importantes para el estudio del período que nos ocupa. A ello hay que sumar un retraso importante en la publicación de las Jornadas de Arqueología Regional.

Este rápido repaso dibuja un panorama definido por tres aspectos fundamentales:

- un importante aporte de materiales a los fondos de los museos, de excavaciones oficiales y, sobre todo, de donaciones;
- la no disponibilidad pública de todos los datos de una parte importante de los trabajos arqueológicos de campo de los últimos años;

4 Los trabajos en el casco urbano de Totana, en el solar de San Juan (Lorca) y en el enterramiento de Carboneros se encuentran sin publicar, a pesar de que las excavaciones se realizaron en el mejor de los casos hace 10 años.

5 Coincide este período con la transferencia de competencias a la Comunidad Autónoma en materia de Patrimonio (1985); la llegada de Eiroa García a la Cátedra de Prehistoria; la marcha de Muñoz Amilibia a la Cátedra de Arqueología de la UNED en Madrid; y la cada vez mayor actividad profesional de los licenciados procedentes de la Universidad de Murcia.

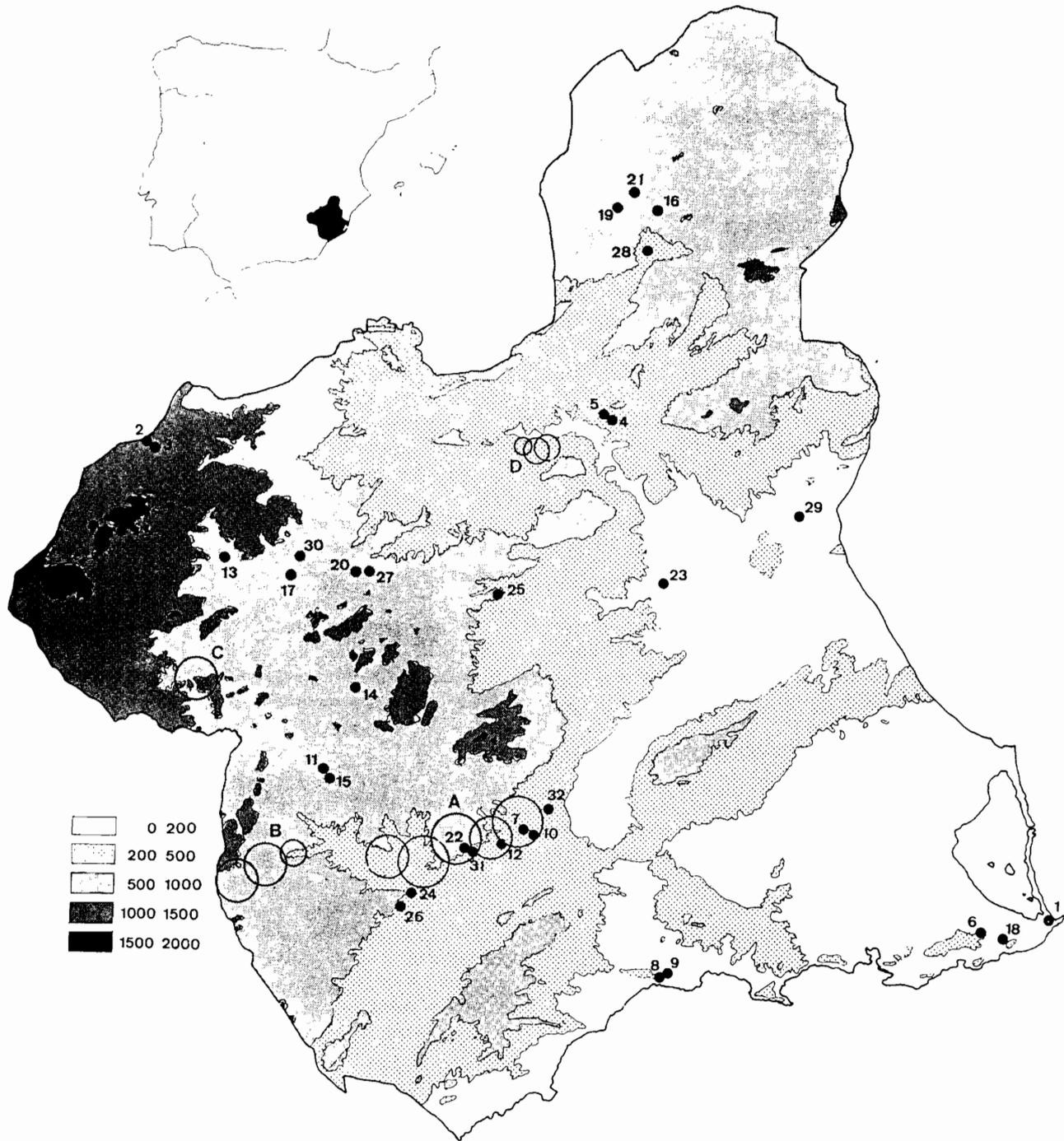


FIGURA 1. Yacimientos excavados en la Región (por orden alfabético): 1. Las Amoladeras; 2-3. Bagil (poblado y necrópolis); 4-5. Barranco de los Grajos II y III; 6. Barranco de la Higuera; 7. Blanquizares de Lebor; 8-9. Cabezo del Plomo (poblado y necrópolis); 10. Campico de Lebor; 11. El Capitán; 12. Carboneros; 13. Casa Noguera; 14. Cerro de las Viñas; 15. Cerro Negro; 16. Cueva de Pino; 17. Cueva de los Alcores; 18. Cueva de los Mejillones; 19. Cueva de los Tiestos; 20. Cueva del Calor; 21. Cueva del Peliciego; 22. Cueva Sagrada I; 23. Loma de los Peregrinos; 24. Lorca (casco urbano); 25. El Milano; 26. Murviedro (necrópolis); 27. Pajasola o Balsa Salada; 28. El Prado; 29. Rambla Salada; 30. La Represa; 31. La Salud; 32. Totana (casco urbano).

Áreas afectadas por prospecciones programadas intensivas: A. Sierra de la Tercia; B. Río Corneros; C. Los Royos; D. Losares-Almadenes.

- la existencia de una amplia y variada bibliografía específica, pero a menudo repetitiva en los aspectos generales y demasiado concreta en facetas excesivamente parciales del registro material.

En resumen, una gran cantidad de información, de calidad muy diversa y con análisis desarrollados también en diferentes grados, que precisa en la actualidad de una ineludible reordenación a la hora de establecer criterios de trabajo y líneas de investigación coherentes.

Desde la perspectiva del registro, los datos disponibles hacen referencia a materiales y estratigrafías. En la actualidad no existen *corpus* completos de materiales de una zona, ni tan siquiera de un yacimiento, en toda la Región; es significativo que sea *Blanquizares* el primer yacimiento con una relación exhaustiva de sus materiales (Arribas, 1952/53) y que el siguiente en el tiempo sea *La Represa* (San Nicolás, 1981), publicado más de medio siglo después. Así, la lectura del registro para efectuar visiones de conjunto remite sobre todo a la consulta directa de los materiales, apoyada en la bibliografía oportuna. Sólo se han publicado hasta ahora dibujos de estratigrafías de *El Prado* (Jumilla), *Cueva del Calor* (Cehegín), *La Represa* (Caravaca) y *La Salud* (Lorca), pero en ningún caso análisis detallados de las mismas.

Sin embargo, y a pesar de toda esta actividad, la mayor parte de los materiales considerados tradicionalmente como significativos proceden de donaciones y/o de remociones ilegales, no de actuaciones controladas.

II. DIFUSIONISMO Y MODELO COLONIAL

A lo largo de estos últimos cien años en los que se ha realizado toda la labor de campo comentada, los diferentes investigadores que han trabajado en o a propósito de Murcia se han adscrito a una serie de tendencias y planteamientos teóricos que han condicionado de manera importante, y a menudo definitiva, el desarrollo de dichos trabajos —elección del yacimiento— y por supuesto la elaboración de conclusiones —selección e interpretación de materiales— tanto de las excavaciones y prospecciones en cuestión como de aspectos generales del Calcolítico en Murcia.

La primera adscripción cronológico-cultural de materiales eneolíticos de Murcia la debemos a los hermanos Siret, cuando hacen referencia al yacimiento de la *Cueva de los Toyos* (Mazarrón) (Siret, 1887: 17-20); es entonces cuando se cita el luego tan polémico término de *colonia* aplicado a *Almizaraque* (Siret, 1907), de importantes consecuencias para la investigación posterior.

Sin embargo, es con el matrimonio Leisner cuando se produce la primera gran sistematización cultural de la zona. En este contexto, los Leisner identifican un total de 6 yacimientos murcianos: *Piedras de Vergara* y *Sierra de Cano*, en Lorca; *Rambla de los Ruices*, en Mazarrón; y *Loma de los Paletones*, *Cueva de la Jabonera* y *Cueva de la Tazona*, en Totana (Leisner, 1943: 81). Sin embargo,

ninguno de estos yacimientos ha sido localizado en la actualidad, a pesar de ser buscados a menudo con bastante intensidad.

De este conjunto sólo dan cronología a cuatro yacimientos: *Piedras de Vergara* y los tres yacimientos de Totana, adscribiéndolos todos a la *fase II* de la Cultura de Almería, caracterizada como se sabe, al igual que las *fases II/III* y *III*, por la presencia en los ajuares de ídolos planos, trapecios simétricos y puntas bifaciales de sílex, hachas de piedra, cerámica y cuentas de collar, y a diferencia de las últimas fases mencionadas (en la *II/III* son tumbas circulares de mayor tamaño y a veces con pasadizos, y en la *III* también circulares pero de corredor y con cubierta por aproximación de hiladas o *falsa cúpula*), por la documentación de tumbas formadas por pequeñas cámaras circulares o por cistas rectangulares.

La inclusión en este esquema responde a la línea general del trabajo de los Leisner, que pretendieron establecer una seriación cronológico-cultural a través de las evidencias del mundo funerario, que reflejarían según ellos no sólo la aparición de elementos foráneos que demostraran un vínculo con el mundo del Mediterráneo Oriental, sino también la progresiva complejidad de las sociedades de la época. Todo este planeamiento responde en sus cimientos básicos a las premisas normativistas que ya utilizara Bosch Gimpera (1922: 117) dentro de su particular versión nacionalista de la escuela histórico-cultural alemana (Hernando, 1987/88: 40 y ss.), pero con la interesante aportación de apuntar por primera vez la influencia de las *islas orientales*⁶.

La semilla plantada por los alemanes va a fructificar en la investigación de las siguientes décadas, abocada ya, y cada vez más claramente hasta la *revolución del C14*, a la implantación del llamado *modelo colonial*.

Podemos observar esta impronta en las excavaciones realizadas en el *Campico de Lébor*. En la memoria de las mismas, Val Caturla se adhiere a algunas posiciones de la corriente histórico-cultural alemana, aunque por otro lado se distancia de ésta al negar la existencia de límites entre los grupos culturales de la Península; así, pone en entredicho el concepto mismo de *área cultural*, al que tilda de ser producto de una *visión plana* de la cultura, que a su vez está constituida a menudo por una serie de rasgos identificados de manera más o menos caprichosa por el investigador (Val, 1948: 23). No obstante, comparte con Bosch Gimpera la visión etnográfica, que le lleva en cierto modo a desmentir lo dicho anteriormente (los subrayados son

6 En este punto los Leisner aceptan la existencia de *grupos* o *círculos* culturales, si bien no de un modo tan preciso como Boch Gimpera, que más próximo a la escuela histórico-cultural alemana les reconocía una carga étnica que el matrimonio alemán no apoya, si bien tampoco desmiente; en este caso, reconocen al menos dos *kreis* culturales, uno de raigambre africana, más arcaico, y otro derivado tanto de la influencia de las gentes de Europa Occidental como del mundo de las islas griegas; en Leisner (1949: 79-80).

míos): «... no existe una tradición brusca de un tipo de cultura a otro, sino que el cambio se verifica gradualmente de tribu en tribu, excepto en el caso de que haya una diferencia profunda de tipo antropológico y lingüístico (...). La agrupación de unidades sociales, tanto en etnología como en paleontología, por un solo elemento, nos dará clasificaciones distintas cada vez que operemos con un elemento nuevo: pero si consideramos todos los rasgos culturales de las diversas tribus simultáneamente, y corremos nuestro punto de vista a las unidades sociales o tribales, estaremos en condiciones de formar grupos bastante definidos. Esto nos dará un área cultural o una clasificación de grupos sociales según sus rasgos culturales»

Esta cita es ilustrativa del intento de Val Caturla por distanciarse de los postulados clásicos de Bosch Gimpera y de sus discípulos —por ejemplo, Martínez Santa Olalla⁷—, aunque se apegue a ciertos planteamientos teóricos generales propios del ambiente político y cultural de la época.

En resumen, comparte con la escuela histórico-cultural alemana el concepto de *kreis* (Hawkes, 1942: 125), la existencia de un *círculo cultural*; acepta las matizaciones y desarrollos difusionistas del nacionalismo de Bosch Gimpera (1922), pero no termina de asumir las delimitaciones de esos grupos culturales peninsulares que estarían en la dinámica del *kreis*, y que también son establecidos por el mismo Bosch.

A pesar del intento de Val Caturla por clarificar su postura, se observa una cierta falta de definición en cuestiones de detalle del planeamiento histórico-cultural, falta de detalle que parece realmente consecuencia de contraponer la teoría de Bosch, tildada por numerosos autores incluso de *difusionista* (Muñoz, 1986: 5), a la definición misma de grupo cultural en base a las evidencias materiales (*normativismo* que es la base de los trabajos de los Leisner, por ejemplo); y todo ello unido a un intento por la definición etnográfica del registro arqueológico. Es todo esto lo que hace que Val Caturla (1948: 25) incluso afirme que «Las áreas concebidas son fluidas, y sus contornos vagos, y por tanto nunca se podrán denominar límites, ni expresarse gráficamente mediante gruesos trazos, como se hace en el sistema de Bosch Gimpera».

Sobre esta argumentación general, el yacimiento del *Campico de Lébor* se presenta como ejemplo de la existencia en la Península de un amplio «complejo básico de rasgos culturales», integrado por una serie de materiales que son comunes a todo ese complejo básico: hojas largas, puntas de flecha bifaciales sobre hoja, a menudo triángulos y trapecios, en sílex; indicios de metal; hachas pulimentadas de sección circular y ovalada; y cerámica lisa. Rasgos como megalitismo, ídolos varios, cerámica decorada, etc.

se consideran menos constantes en esta asociación, aunque siempre vinculados a ella (ibidem: 25-26).

También es interesante el yacimiento porque sus materiales (presencia conjunta de geométricos y puntas de flecha bifaciales), según su excavador, hacen que se asocie al «gran círculo cultural iberosahariano, postulado por Martínez Santa Olalla» (ibidem: 27), siendo comparado con otros que por aquellos años llegaban también al Seminario de Historia Primitiva de la Universidad de Madrid: *Tres Cabezos*, *Campos*, *Parazuelos* y *La Gerundia*, por citar los más próximos (ibidem: 30).

En cualquier caso, lo más interesante del trabajo de Val Caturla, junto con lo ya dicho referente a los *círculos culturales*, podría ser la división de los poblados peninsulares en tres grandes facies (me atrevería a comparar la metodología empleada con la usada por los Leisner para sus *grupos de inventario*, aunque éstos se refieran al mundo funerario):

1.— Emporios comerciales y centros de actividad metalúrgica, que sería la principal base económica de su poderío. Fortificaciones, obras hidráulicas, elementos de importación (cáscaras de huevo, marfil), y grandes sepulcros de corredor (quizás hechos con esclavos) asociados al *elemento señorial* y que representarían tumbas colectivas de familias de grandes jefes. Ejemplos: *Los Millares* y *Almizaraque*.

2.— Pequeñas aldeas de agricultores guerreros, con un elemento señorial mucho menos fuerte. Ausencia de grandes monumentos, de obras de urbanización y de aglomeración de viviendas. Viviendas en chozas. Ejemplos: *Campico de Lébor*, *Campos*, *Parazuelos*.

3.— Asentamientos pastoriles, en regiones altas, poco aptas para la agricultura. Serían elementos portadores de cultura iberosahariana que, desplazados por algún motivo a zonas altas, se especializaron en actividades económicas que se ajustaran más al medio.

Estas tres facies se relacionan a su entender con dos grupos de influencia externa. Las dos primeras facies, de poblados señoriales metalúrgicos y de agricultores guerreros, pertenecerían al mismo *círculo cultural*, y por sus materiales y estructuras habría que relacionarlos con el Mediterráneo Oriental, si bien el mismo Val Caturla observa desfases cronológicos de hasta dos milenios. La tercera facies sería anterior, perteneciente al *mundo iberosahariano*, que traería el Neolítico a tierras peninsulares y que más tarde se constituiría en el sustrato sobre el que se asientan las otras dos facies, si bien se mantendría en zonas marginales. El foco cultural de la Península estaría, en cualquier caso, en el sur (ibidem: 31-33).

Los paralelismos que hace de los materiales del *Campico de Lébor* con cerámicas egipcias, concretamente del Badariense, hablan por sí solos del creciente impulso de las tesis coloniales; las similitudes que establece con las industrias líticas del Sahara nos remiten a Martínez Santa Olalla, al sustrato previo *iberosahariano* y, en último extremo, a la existencia de los dos grupos de facies comentados.

7 Crítica incluso un trabajo de este autor por figurar en el título el concepto de «límites» de los grupos culturales; se refiere a Martínez Santa Olalla (1948: 25).

Planteado el origen oriental al menos para la facies relacionada con los procesos metalúrgicos, las fortificaciones, los objetos de origen extrapeninsular, los grandes monumentos funerarios, la aparición de *jefaturas*, etc., esbozada como ya vimos por los Siret y seguida por otros autores (Cuadrado, 1947: 178), las tesis coloniales van a alcanzar su auge a partir de los trabajos llevados a cabo por Blance sobre el desarrollo y evolución de la Cultura de El Argar.

En lo que al Calcolítico se refiere, Blance difiere de Bosch Gimpera en la interpretación de poblados como *Los Millares* o *VNSP*, al excluirlos totalmente de la dinámica neolítica local y considerarlos como algo ajeno a ese mundo, «... que se mantienen como asentamientos aislados frente a un medio ambiente cultural diferente...» (Blance, 1961: 195); también en este punto se separa por tanto de los Leisner (ibidem: 203). El origen de este impacto mediterráneo sería oriental (ibidem: 200).

En este esquema, el territorio murciano debería interpretarse como un área marginal en el proceso fundamental, que sería la aparición de esos focos *ajenos* al mundo indígena, y que marcarían el desarrollo del Calcolítico en la zona, con su metalurgia, sus formas de enterramiento, y ese largo etcétera de rasgos con que genéricamente se ha entendido el Eneolítico.

La evolución del Calcolítico murciano derivaría por tanto de la *colonia* de *Los Millares* (o se debería a ella), cuyos materiales deberían su especificidad a la confluencia de la impronta egea (fortificaciones, *tholos*, metalurgia), del sustrato indígena (*causa*, por ejemplo, de las cerámicas decoradas), y en último extremo de las influencias occidentales del entorno de *VNSP* (materiales paralelos principalmente).

Este esquema de trabajo será seguido por la inmensa mayoría de autores de la época, y ampliamente desarrollado por algunos de ellos, entre los que destacamos a nivel general a Almagro Basch y Arribas Palau (1963), Berdichewski (1964), o Schüle (1966). Los primeros abundan en la idea de una colonización egea como causa de la aparición del fenómeno de *Los Millares* y, por tanto, la zona murciana es con respecto a esta dinámica totalmente periférica; sus materiales y los cambios observados en sus yacimientos a lo largo de este Eneolítico se explicarán en función de *Los Millares*.

Así, diez años antes de la publicación de *Los Millares*, Arribas estudia el ajuar de *Blanquizares*. Tras advertir del peligro de establecer paralelos entre materiales de ambos extremos del Mediterráneo, por contemplar la posibilidad de que se deban al azar, y tras señalar que a menudo se establecen similitudes entre materiales que cronológicamente se encuentran muy alejados, se declara a todas luces *childeano* (contempla la similitud de los materiales como un fenómeno de imitación local más que de importación directa) y se suma a las tesis difusionistas, utilizando curiosamente el viejo concepto ya esgrimido por Bosch

Gimpera del *complejo cultural básico*⁸: «... nos vemos obligados por la abrumadora fuerza de las pruebas (que conforman ese complejo cultural básico) a reconocer una determinada dependencia entre ambos extremos del mar» (Arribas, 1952/53: 80-81). La visión difusionista de esta época viene reflejada en las siguientes afirmaciones (los subrayados son míos):

«...vamos a ofrecer junto a *Los Blanquizares* aquellos yacimientos que presentan determinados objetos, cuyo uso o utilización no puede considerarse en modo alguno casual o intrusiva dentro del conjunto homogéneo de dicho yacimiento, y que a todas luces representa el impacto cultural junto a la proyección comercial y émica de *bandas orientales actuando como conquistadores en país extraño*. Se trata de yacimientos que revelan la *presencia de un pueblo bélico* (...) y que fortifica sus poblados con la elección de lugares a propósito. A esta supremacía únase una *fuerte organización tribal*... En cuanto a las prácticas funerarias no llevan a una *vida religiosa con relaciones con el Mediterráneo Oriental* (...), vida en la que la falta de construcciones megalíticas puede verse, no como una desviación herética de un filum primero...» (Ibidem: 81).

En el resto del trabajo insiste en los paralelismos con materiales orientales; conviene destacar que este autor omite los paralelos que propuso Val Caturla con el mundo iberosahariano, lo que denota el progresivo peso del difusionismo de raigambre oriental.

Por los mismos años Nieto Gallo publica el ya conocido yacimiento de *Loma de los Peregrinos* (Alguazas). En contraste con los trabajos anteriores de Fernández Avilés, que tan sólo establece paralelos con materiales peninsulares, en concreto del ámbito alicantino, valenciano y almeriense (Fernández, 1945), Nieto Gallo también participa de las tesis coloniales, relacionándolo tipológicamente con el mundo mediterráneo, con Oriente y con otros lugares de la Península Ibérica (Nieto, 1958a: 4-5). Es interesante el análisis de este autor por lo que aporta en favor del papel de las *islas orientales* en el desarrollo del registro material calcolítico, extendiendo la comparación en este caso al fenómeno en sí de la cueva artificial como sistema de enterramiento (Nieto, 1958b: 236). Y, por supuesto, su planeamiento está lejos de las hipótesis de convergencia cultural que posteriormente planteará Renfrew (los subrayados son míos):

8 Entendido como esa serie de elementos comunes que dan cierta uniformidad a yacimientos que, a pesar de ser distantes entre sí, participan de un mismo acervo cultural, un mismo sustrato, sobre el que se ejercitarán cambios de diversa índole debidos a contactos, influencias, invasiones, colonizaciones, y toda una serie de dinámicas inmersas en el esquema del difusionismo y, en este caso concreto, del *modelo colonial*.

«...hay que admitir que el mar, lejos de ser elemento de separación entre las tierras que baña, lo es de unión y lazo de culturas, y ello explica que análogas fórmulas sepulcrales aparezcan sincrónicamente en costas opuestas de la Península» (Ibidem: 237).

Es interesante señalar que esta opinión de Nieto Gallo choca con la de Bernabo Brea, quien analizando precisamente la posible relación de Sicilia con la Península Ibérica en tiempos prehistóricos, a propósito de la cerámica eneolítica con decoración pintada, llega a la conclusión de que a pesar de que ésta aparece tanto en Sicilia como en nuestra península, no existen relaciones estilísticas entre las cerámicas con decoración pintada de ambas zonas (Bernabo, 1953/54: 180); el autor en cuestión conoce, en lo que afecta a Murcia, el vaso de piedra pintado de *Blanquizares*; también cita otros lugares del Sureste como *Loma de Huéchar*; *Millares 1*, 9, 21 y 40; *Loma de Belmonte*; *Loma de las Eras*; y *Cueva de la Pileta* (Ibidem: 179).

Por su parte, Berdichewski (1964: 143-147) sólo cita para Murcia el yacimiento de *Loma de los Peregrinos* (Alguazas, Murcia), no aportando ninguna información novedosa al respecto; es curioso que omita el caso de *Blanquizares*, que se trata también de una cueva artificial, o al menos una cueva retocada de manera importante antes de su uso funerario.

Este autor basa su análisis en la morfología de las cuevas propiamente dichas para realizar una división de las tumbas artificiales en cuatro tipos morfológicos principales —cámara con entrada vertical centrada (*A1*), cámara con pozo a un costado (*A2*), cámara con entrada lateral sin corredor (*B3*) y cámara con entrada lateral con corredor (*B4*)— con diversos subtipos o variantes (ibidem: 155 y ss.); toda esta clasificación la relaciona con las tumbas megalíticas (ibidem: 168).

El ejemplo murciano de *Loma de los Peregrinos* se identifica como «tumba de corredor subterránea artificial con entrada lateral» (*Tipo B4a*); por tanto, y siempre según el autor, se relacionaría con una influencia de *inmigrantes megalíticos* que tendrían su foco en la Extremadura portuguesa (ibidem: 161 y 169). Esto en cuanto a la morfología de las tumbas.

Pero Berdichewski analiza además los ajueres funerarios de esos enterramientos en cuevas artificiales, y llama la atención, dato interesante para la historiografía, sobre el interés del uso de la *estratigrafía horizontal* en este tipo de yacimientos, ante la ausencia de *estratigrafías verticales* (ibidem: 173).

Desde el punto de vista metodológico, Berdichewski comete a veces el error de identificar sencillez con antigüedad, por ejemplo al considerar más antiguo el *tipo 1* por su sencillez, aunque luego resulte serlo también por sus materiales (ibidem: 209); es interesante este detalle, pues realiza esta identificación *sencillo v.s. antiguo* a pesar de que

autores como los Leisner (1943: 387) ya habían advertido sobre su peligro.

Admite además la sincronía de los diferentes tipos. Así, la *Loma de los Peregrinos* sería por sus materiales una de las tumbas más antiguas de su grupo (pero con metal) (Berdichewski, 1964: 210-212).

En cualquier caso, la cueva artificial típica aparecería por primera vez en la Península en la costa mediterránea, fruto de influencias llegadas del Mediterráneo, por lo que el autor parece adscribirse al *modelo colonial*, aunque su impacto es matizado de manera muy importante por el sustrato indígena y por relaciones de influencia entre los diferentes grupos culturales existentes en la Península (ibidem: 212).

Sin embargo, no queda claro en su obra si apoya definitivamente las tesis del *modelo colonial*, mientras que sí queda meridianamente diáfana la importancia que da a algunos grupos peninsulares en la dinámica de configuración del mundo funerario calcolítico. En este sentido es de interés el capítulo que dedica al *complejo cultural*, en el que realiza una serie de citas de cuevas artificiales a lo largo de toda la costa mediterránea que parece dar a entender que cree en un sustrato mediterráneo común (ibidem: 223-224 y 226-227).

III. EL IMPACTO DE LAS DATACIONES ABSOLUTAS

A partir de los 60, las dataciones C14 comienzan a contradecir todas estas teorías construidas sobre el *modelo colonial*. Tras la primera gran sorpresa, el hito que para la Prehistoria peninsular supuso aquel 2345±85 a.C (H-204/247) de *Los Millares*, cuya presunta anomalía fue en un principio achacada a posibles defectos del método de datación (Almagro Basch, 1959), se van sucediendo una tras otra fechas que contradicen la relativa modernidad de materiales y estructuras calcolíticas (sean interpretadas como imitación o como importación directa) del Sureste frente a sus supuestos originales orientales.

El edificio trabajosamente construido sobre la enorme erudición que a menudo supuso el establecimiento de paralelos con Oriente (es paradigmático el caso de la memoria de Almagro Basch y Arribas sobre *Los Millares*) se derrumba de manera definitiva, y ciertamente, salvo algunas excepciones, la investigación entra en un período caracterizado por la sorpresa, por el intento (a veces desesperado) por casar las viejas teorías con las nuevas evidencias, y por la necesidad de construir un esquema de trabajo a partir prácticamente de la nada, al menos en lo que a historiografía se refiere. Todo ello no quita un ápice de valor a las hipótesis difusionistas, planteadas no sólo gracias a la erudición ya comentada, sino también a una estructuración teórica y coherencia interna realmente importantes.

Con el derrumbamiento de la hipótesis colonial cae también una parte importante de lo que significaba la lle-

gada de gentes de Oriente, en el campo de la estructura social y económica de las comunidades calcolíticas peninsulares. Deja de tener sentido el esquema de la *colonia* como punta de lanza externa, como elemento aculturador, como hito dinamizador de procesos como el desarrollo metalúrgico o la erección de jefaturas de tribu (que hasta ahora justificaban fortificaciones, grandes obras funerarias, importaciones de objetos de procedencia lejana, etc.).

En el ámbito estricto de la investigación, este derrumbamiento es para el caso murciano realmente traumático, lo que se materializa en un aparente silencio en la investigación. Entre la última publicación de materiales de *La Loma de los Peregrinos* y la primera publicación del *Barranco de la Higuera* median 19 años en los que no se publica ni un solo trabajo referente al Calcolítico murciano. Si atendemos a la labor de campo ocurre algo parecido: salvo las excavaciones en la *Cueva de los Tiestos* (en Jumilla, llevadas a cabo entre 1964 y 1975 y a consecuencia de un expolio, y no publicadas hasta 1990), no hay ningún trabajo de campo hasta mediados de los 70.

Así pues, podemos decir que la década de los 60 marca un punto de inflexión importante en Murcia. Tras él, se van a retomar los trabajos, primero como consecuencia de labores de salvamento (*Barranco de la Higuera*, *Cueva de los Alcores*, *Cueva de La Atalaya*), y más tarde como fruto de una intención explícita de estudio del período (*Las Amoladeras*, *El Prado*, *Cabezo del Plomo*).

Dejando aparte la posición que adopta el alemán Schüle (1986: 211) de insistir en la validez del *modelo colonial* prácticamente sin modificaciones, el resto de autores que defendían estos modelos van a reinterpretar los datos en el camino de incrementar la importancia del factor indígena como principal elemento a tener en cuenta para entender los procesos económicos, sociales y culturales a que asistimos durante el Calcolítico.

A partir de este planeamiento general son diferentes las posturas concretas que se adoptan, desde la sustitución del término *colonia* por el de *factoría* (con lo que se sigue reconociendo la primacía del fenómeno de llegada de gentes de fuera sobre el sustrato autóctono para explicar el desarrollo calcolítico), como proponen Sangmeister y Schubart (1977), hasta el rechazo frontal del difusionismo orientalista, caso de Arribas y Molina (1984:71), pasando por una serie de interesantes posturas intermedias que, por afectar especialmente a la Región de Murcia, trataremos con cierto detalle, pues su análisis me parece imprescindible para entender los derroteros por los que ha circulado la arqueología prehistórica de la zona desde los 70 a la actualidad.

En cualquier caso, y a pesar de estas nuevas corrientes, todavía en los 80 algún autor murciano mantiene el modelo colonial tal como fue planteado 20 años antes. Es el caso de la memoria de excavaciones de *Los Alcores* (Caravaca), en la que su autor se suma a las tesis de Berdichewski: «*Creo que el enterramiento colectivo en cueva podría ser*

anterior al dolmen o incluso sincrónico (...). Igualmente pensamos que en un principio predominarían los enterramientos en cueva natural (...) y más tarde, con la influencia oriental, se decantaron y consolidaron estas primigenias ideas mágico-religiosas de ultratumba y a ellas se asociaron las cuevas artificiales y dólmenes en todas sus variedades» (García del Toro, 1980a: 256).

También se hacen eco de las tesis difusionistas los excavadores del asentamiento en llano de *El Prado* (Jumilla). Así, al buscar paralelismos en los materiales, Walker y Lillo Carpio (1984a: 108) llaman la atención sobre un ídolo del tipo *Camarillas* aparecido en el *Nivel 19* de *Biblos* «*cuya cronología relativa semejante está corroborada por materiales egipcios de la VI dinastía*»; es interesante esta referencia porque se citan además varios yacimientos peninsulares con este tipo de ídolos, entre ellos la tumba *Millares-62*.

Sin embargo, al analizar la cerámica con improntas de cestería continúa el esquema difusionista, pero en este caso claramente expresado, aunque en dirección inversa, de occidente a oriente (ibidem: 109; Walker, 1984: 67; 1990).

IV. EL DIFUSIONISMO NO COLONIAL

Llegamos así a la *postura difusionista no colonial* (Hernando, 1987/88: 56-57), en la que la llegada de gentes foráneas es sustituida por la llegada de entes abstractos como ideas y tendencias. Esta es la línea de interpretación seguida por Muñoz Amilibia (1989b).

Se pregunta Muñoz Amilibia, hablando del contenido del sustrato, si los poblados eneolíticos de Andalucía Oriental responden a una expansión de prospectores mineros desde el valle del Almanzora y Guadalentín en los inicios de Millares I^o, lo cual afecta directamente al caso murciano, que sería una zona de expansión de dicho foco.

Este punto es interesante por cuanto en la Región se dan los condicionantes que a priori se consideran imprescindibles para la aparición de la metalurgia, como son conocimiento de los procesos de cocción, a través del dominio de la cocción de la cerámica; la presencia frecuente de afloramientos de cobre, principalmente en la zona costera y en la Murcia prelitoral; y costas con buenas condiciones para la comunicación marítima y la instalación de asentamientos en puntos de control de las vías de contacto con el interior y del acceso a los recursos minerales pertinentes.

Para justificar la marginalidad del área murciana en el desarrollo primigenio del Eneolítico Muñoz Amilibia (1986c: 153) plantea la posibilidad, por otra parte bastante sugerente, de una colonización tardía del territorio en cuestión por parte de grupos neolíticos en proceso de transformación en calcolíticos (Neolítico Final), y se basa para ello en la escasez de restos neolíticos antiguos en la Región,

9 MUÑOZ AMILIBIA, A.M^o: op. cit. 1986c, pp. 153.

escasez que se torna en ausencia si atendemos exclusivamente a la Murcia litoral y prelitoral, es decir, la Murcia árida y semiárida de zonas bajas; lo que queda sin explicar es la razón de una colonización (en el sentido agrícola) tan tardía.

Toda esta argumentación entronca directamente con las elevadas dataciones del poblado del *Cabezo del Plomo*, 3220±90 BP (SUA-1474) y 2980±120 BP (SUA-4930). A pesar de que la misma autora advierte de la cautela con que han de ser tomadas ambas dataciones, al haberse realizado sobre muestras de concha (ibidem: 154), en el caso de que fueran totalmente fiables, nos encontraríamos ante el grave problema de tener que remontar la cronología de este yacimiento más allá de las primeras fases constructivas de *Los Millares*, que en teoría debía ser el modelo en que se inspiraran los pobladores del *Cabezo del Plomo* al erigir sus fortificaciones. Y lo que es aún más importante, habría que justificar la presencia de construcciones de este tipo (no de esta envergadura, pues tenemos muchos ejemplos de grandes construcciones, caso de las funerarias, en el Neolítico) para un contexto cultural del Neolítico Final, con todo lo que ello implica en cuanto a relaciones del asentamiento con el medio, tipo de control del territorio y, en último término, en cuanto a la razón (el motivo es evidente) de la fortificación en sí.

En lo que se refiere a la interpretación del yacimiento, existen contradicciones entre el registro material y la entidad del asentamiento, pues a las conocidas fortificaciones (=hábitat complejo y estructurado) se asocia un material pobre, lo que lleva a Muñoz Amilibia a afirmar lo siguiente (los subrayados son míos): «*La modestia del material arqueológico recuperado hasta ahora parece revelar un hábitat de tipo sencillo que, todo lo más, tendría que defender sus ganados y cosechas. Por la razón expuesta, de momento no podemos pensar en un centro de producción y comercio de metales. Las únicas actividades artesanales documentadas son la cerámica y la talla de sílex y cristal de roca, en la que no eran especialmente hábiles. La falta de materiales del «Horizonte colonial» y el carácter indígena del poblado tampoco permiten pensar en la instalación defensiva que protegiera a gentes foráneas de los autóctonos...*» (Muñoz, 1984b: 75).

Avanzados los trabajos de excavación, Muñoz Amilibia se reafirma en los valores de las dataciones C14 antes mencionadas pues, en su opinión, estarían de acuerdo con la sepultura «*tipo antiguo de Rungräber*» excavada en 1982 (Muñoz, 1987: 104), que paraleliza con las halladas en el almeriense *Cerro de las Canteras* (Motos, 1918: 71), en Vélez Blanco.

También pueden incluirse en esta tendencia del *difusionismo no colonial* los trabajos sobre diferentes aspectos del Calcolítico del Sureste de Eiroa García. Este autor hace especial hincapié en el desarrollo del urbanismo como elemento definidor del cambio que se produce durante esta época y que lleva a las comunidades humanas

del sencillo asentamiento neolítico a las ya estructuradas plantas de los poblados de la Edad del Bronce. La construcción de *obras comunitarias* para el poblado, caso de las fortificaciones, marcaría no sólo esta etapa de tránsito en el terreno del urbanismo, sino que denotaría una necesidad de defensa y, por tanto, un modo de control del territorio muy característico del Calcolítico.

El planeamiento de Eiroa contradice en líneas generales las hipótesis de Renfrew de convergencia cultural para explicar la aparición de las sociedades con metalurgia en puntos muy distantes entre sí, si bien considera también premisa necesaria para el desarrollo del Calcolítico en una zona que exista un *caldo de cultivo* apropiado, conformado por sociedades neolíticas autóctonas evolucionadas: «*Esto (las altas dataciones de yacimientos como el Cabezo del Plomo, en Mazarrón) apoyaría las conocidas ideas de Renfrew y otros que opinan que los focos metalúrgicos del Sureste español y de los Balcanes pudieron originarse a partir de una evolución autóctona. Pero los hallazgos de sistemas de fortificación semejantes en diversos puntos de Siria, Palestina, e incluso Francia (los poblados fortificados de Montpellier —Lébous— y Marsella —Champ de Lause—, que se consideran como «colonias almerienses o egeas») parecen indicar, más bien, un fenómeno de difusión de este tipo de fortificaciones (...). No podemos descartar, sin embargo, la existencia de contactos con otros puntos alejados del ámbito mediterráneo (Kalandriani, Mureibit) a través de los cuales pudieron llegar, como parece lógico, ideas y tendencias de todo tipo que, no obstante, debieron amoldarse a cada territorio y circunscripción*» (Eiroa, 1986: 360-361).

Una auténtica declaración de principios al respecto la tenemos en otro trabajo, de 1989, en el que opta por una postura conciliadora, que él mismo considera prudente, entre las tesis difusionistas y las autoctonistas, según la cual Los Millares es el resultado de la confluencia de dos corrientes culturales complementarias: el fuerte sustrato indígena (que aporta la arquitectura funeraria, los sistemas defensivos y quizás el trabajo en metal) y el «*impacto «colonial» mediterráneo, al que es difícil renunciar, dadas sus evidencias arqueológicas, tal vez de procedencia egipcia, egea y levantina, en general*» (Eiroa, 1989b: 40).

Todas estas teorías de *difusionismo no colonial* han sido criticadas, y no sin cierta razón, por tratarse de hipótesis en sí mismas válidas, pero difícilmente contrastables salvo por el establecimiento de paralelos entre puntos muy distantes del Mediterráneo; aquí podríamos incluir también el planeamiento que hacía Walker (1990) con relación a la cerámica de cestería a que anteriormente he aludido.

Sin embargo, tienen el valor de distanciarse netamente de las posturas del *modelo colonial* clásico, que autores como Schüle (1986) siguen manteniendo, en un intento de casar las evidencias de sustrato con las que parecen remitir a un contexto general mediterráneo; esta postura ha hecho que algunos autores critiquen estas teorías porque

«al excluir la llegada de poblaciones, la creación de «colonias», el modelo pierde coherencia interna» (Hernando, 1987/88: 56).

A mi entender, el modelo no explica efectivamente el mecanismo y dinámica de esas influencias, pero tal como lo vienen planteando los autores citados no se pretende en absoluto llegar a una explicación de dicho mecanismo en sí, sino más bien a, en la línea de ofrecer alternativas al *modelo colonial* clásico, plantear la posibilidad de que existan *imitaciones* del comportamiento de otras comunidades mediterráneas como modo de explicación del registro material en su conjunto. Por tanto sí que explica el proceso de cambio, en este caso en el Sureste, sin entrar en el análisis de las causas de esa *emigración* de ideas y tendencias de Oriente a Occidente.

El rango de ambas teorías, *modelo colonial clásico* y *modelo difusionista no colonial*, es general, afecta a todo el Mediterráneo. Pero mientras la primera realiza un desarrollo histórico del proceso (establece una seriación de acontecimientos históricos que conducen a la expansión a Occidente desde el *Oriente lux*), la segunda se apoya fundamentalmente en el convencimiento de la existencia de un Mediterráneo que funciona como mar interior, fácilmente navegable (Eiroa, 1986: 356), con una riqueza cultural en sus orillas realmente variada y dinámica, en la que la difusión de ideas, por simple contacto (por otra parte necesario y obligado) es una consecución lógica e ineludible de las características del mismo marco físico en que tiene lugar.

Una de las principales aportaciones de estos *difusionismos no coloniales* a la investigación es que indirectamente se pone en duda por primera vez que sea la metalurgia el principal factor que genera la aparición del Calcolítico entendido como sistema de organización social, cultural y económica diferenciada del Neolítico precedente.

En este punto podemos observar perfectamente el tránsito entre los planteamientos de Muñoz Amilibia y de Eiroa García. Al poner en tela de juicio la llegada directa de poblaciones de Oriente, desaparece también la causa de esta llegada, que era la obtención de recursos cupríferos. Así, de la noche a la mañana desaparece (o es tremendamente matizado) el concepto clásico de *prospectores*, e inmediatamente todas las características de las sociedades eneolíticas pasan a ser consecuencia de un desarrollo netamente autóctono de la metalurgia, del nuevo tipo de orden social y económico, del nuevo modo de ordenación de los patrones de asentamiento y de explotación del territorio, etc, en tanto que son poblaciones locales las únicas protagonistas del cambio, independientemente de si la *idea* que genera el cambio es o no original o importada.

En esta línea, numerosos autores ya plantean abiertamente la posibilidad de un desarrollo autóctono de la metalurgia (Montero, 1992: 196), lo que choca abiertamente con las tesis *difusionistas*, sean o no *coloniales*.

V. LOS MODELOS DE EXPLICACIÓN INTERNA

El resto de teorías que han aparecido hasta la actualidad se han centrado en las dinámicas que se producen *in situ* y que toman parte en la formación de las sociedades eneolíticas del Sureste. Se deja de lado la influencia externa (a veces se niega, otras se minimiza, en algún caso se acota su importancia) para analizar en detalle los mecanismos a través de los cuales se genera poco a poco el cambio.

Digamos que en líneas generales la observación del entorno medioambiental y sus potencialidades ha pasado a un primer plano a la hora de valorar las causas de la formación y desarrollo del Calcolítico del Sureste. La argumentación sobre esa base *ecológica* puede ser directa, cuando es un cambio medioambiental (climático o paisajístico) el que ha generado el tránsito al Calcolítico; o indirecta, caso de los autores que se apoyan en la potencialidad de ese entorno natural para justificar el éxito de mutaciones socioeconómicas de las comunidades locales. Son las llamadas *concepciones integradas de la cultura* —la cultura como sistema de subsistemas, siguiendo en cierto modo el esquema propuesto por Clarke (1984: 36 y 218)—, auspiciadas por la bibliografía anglosajona desde finales de la década de los 70 y en la que se pueden distinguir numerosas tendencias.

El *enfoque ecológico*, en lo que afecta a la zona en estudio, ha sido planteado por Gilman y Thornes (1985), a través de un modelo materialista en el que son la irrigación y el policultivo los sustentos económicos de la formación progresiva de élites y jerarquías (que se expresa en el militarismo, aumento de la especialización artesana, diversificación de ajuares, etc), pasando a un segundo orden la cuestión de la metalurgia (Gilman, 1987a: 32-33). Sin embargo, todo este edificio interpretativo, también muy bien construido, ha sido criticado precisamente en la base ecológica de su argumentación: numerosos autores opinan que no se pueden hacer inferencias extrapolando los datos ecológicos actuales a época calcolítica y argárica.

Parecida crítica recibe la hipótesis *funcionalista* de Chapman (1982: 48 y ss; 1991: 200-201), que basa la progresiva complejidad social en el problema de la distribución y reparto de un bien escaso, el agua (nótese que aquí el agua ocupa el papel que para otros autores tiene el metal). Por tanto se parte de la base de que el medio presenta una aridez similar a la actual.

En lo que afecta a Murcia, Chapman (*ibidem*: 79-80 y 125) se muestra escéptico con las elevadas dataciones del *Cabezo del Plomo*, y también con una de las de *Rambla de Librilla* (SUA-2039: 3660±330 a.C.), si bien considera el sur de la provincia de Murcia como parte del área cubierta por la Cultura de Los Millares (*ibidem*, 211); al fin y al cabo en esa zona de Murcia se dan los mismos condicionantes naturales referidos a la disponibilidad de agua. En cuanto al sentido del fenómeno de Los Millares

(recordemos el *Cabezo del Plomo*) y, en general, la posible vinculación de este mundo con lo oriental. Chapman es bastante categórico, por ejemplo al comentar la cuestión de los betilos o de las fortificaciones: «Finalmente, toda la discusión se reduce a una pretendida Diosa Madre, una divinidad de la fertilidad con fuertes conexiones orientales. Sin embargo (...), ¿porque debemos asumir que representan una tradición de creencias comunes y unificadas por toda la cuenca del Mediterráneo?. Nunca hemos encontrado una explicación convincente».(...).

«Las razones funcionales de la similitud entre los asentamientos cerrados han sido escasamente consideradas (...) a medida que aumenta nuestro conocimiento sobre la evolución y complejidad de los tipos de recintos construidos en la Península Ibérica, éstos se entienden mejor como fruto de una tradición indígena en desarrollo, que como formas derivadas de la Edad del Bronce del Egeo», (ibidem: 61).

La misma opinión favorable a un desarrollo autóctono la tenemos cuando habla de las tumbas peninsulares (ibidem: 77). El reconocimiento del carácter indígena de estos asentamientos, como hace Muñoz Amilibia con el *Cabezo del Plomo* (Muñoz, 1984b: 75), la negación del sustrato común mediterráneo, y la constatación de una gran variabilidad cualitativa y cuantitativa en el registro son tres importantes argumentos de Chapman a la hora de elaborar sus hipótesis.

Me interesa destacar especialmente esta insistencia en la variabilidad del registro frente al tradicional énfasis que se ha venido haciendo de lo homogéneo, de la norma (Chapman, 1991: 289 y 359-360). La variabilidad es conceptualmente definitiva y característica de un registro arqueológico determinado: no es necesariamente signo de indefinición sino casi siempre de matización de la realidad histórica que representa.

Con respecto al aspecto urbanístico y al patrón de distribución y ordenación del territorio, niega de plano tanto la existencia de centros urbanos como de sociedad estatal incluso durante la Edad del Bronce —aquí difiere por tanto de Eiroa García (1986)—, y no termina de explicar la asociación de poblados de primer orden como *Los Millares* o *El Malagón* con su entorno poblacional (otros asentamientos) y natural (potencialidades económicas).

Esta cuestión es ciertamente curiosa desde un punto de vista metodológico, pues realizar aseveraciones de este tipo (Chapman, 1991: 243-244) supone un conocimiento exhaustivo del territorio, yacimientos, etc, al que sólo se puede llegar mediante prospecciones sistemáticas e intensivas que el mismo Chapman lamenta que no se hayan realizado aún con la intensidad requerida (ibidem: 163), salvo el caso de la prospección del Guadalentín de Mathers, que por cierto ni se trató de una prospección sistemática ni

se han publicado nunca los resultados de dichos trabajos, salvo alguna muy escueta referencia, a pesar de lo cual Chapman (ibidem: 163 y 221) la cita en varias ocasiones como totalmente fiable. Parece contradictorio opinar de este modo sobre conceptos de Estado y urbanismo cuando los datos arqueológicos que se manejan son incluso más incompletos de lo que su propia naturaleza obliga.

Fruto de este desconocimiento es que se hagan afirmaciones tremendamente vagas y que a pesar de parecer evidentes a veces no son ciertas, como la siguiente: «Todos los yacimientos con cronologías del Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce se sitúan a una altitud comprendida entre el nivel del mar y los 1.000 m» (ibidem, 163)¹⁰. En Murcia, casi el 90% del territorio se encuentra a menos de 1.000 m de altitud, pero en el 10% restante también hay yacimientos de estas cronologías, y no pocos, por cierto.

También encontramos generalizaciones que no parecen suficientemente contrastadas, ya en aspectos concretos del registro, como cuando se habla del yacimiento de la *Cueva de los Toyos* (Mazarrón), en el que la vasija llena de conchas marinas en diversos estados de manipulación, descubierta por los hermanos Siret, «...indicaba la existencia de un centro de producción en el litoral que abastecía a las zonas del interior» (ibidem: 285). Al margen de la veracidad o no de esta afirmación, lo que es evidente es que el razonamiento deductivo está incompleto en este caso.

A pesar de estas puntualizaciones, el planeamiento general de Chapman debe considerarse un hito en los estudios del Calcolítico del Sureste en tanto que realiza una revisión general de la mayoría de datos disponibles hasta el momento y, consecuente con su visión integrada de la cultura, construye a partir de ahí una hipótesis sugerente y sin embargo coherente en líneas generales.

Otro investigador que ha profundizado en el Calcolítico del Sureste y que ha trabajado además en Murcia es Clay Mathers. Este autor retoma el análisis de los ajuares ya iniciado por otros prehistoriadores y se centra en la constatación de la variabilidad en sus componentes como síntoma del cambio en una sociedad cada vez más jerarquizada, proceso que hoy todos los autores reconocen que culmina en el mundo argárico, cuando los ajuares y los modos de enterramiento se caracterizan por la normalización formal: «...el proceso de estandarización en el tratamiento del cuerpo, ajuares y tumbas está íntimamente relacionado con el establecimiento de un mayor control social y, particularmente con la creación de unas categorías de status y rango cada vez más exclusivas y más sencillamente identificables» (Mathers, 1984b: 1174-1175).

Con respecto al ámbito de los asentamientos, interrelaciona su diversificación (léase variabilidad) con la inestabilidad medioambiental de un paisaje dominado por la aridez —con irregularidad de precipitaciones y escasa superficie de tierra arable, difícil de mantener y explotar—. Esta inestabilidad habría sido el elemento que habría empujado a las comunidades de la zona a desarrollar la

¹⁰ Curiosamente el mismo autor nos habla, unas líneas más adelante, del poblado eneolítico de *Las Angosturas*, a 1.400 m s.n.m..

producción y tecnologías intensivas que suavizaran el impacto de la misma, sobre todo su impredecibilidad. Sobre estos parámetros establece dos tipos de asentamiento que marcan el patrón de cambio a la Edad del Bronce, en el tránsito del III al II milenio: comunidades nucleares, con economías basadas en la explotación de áreas bajas, de ecosistemas fluviales, propias del Cobre, y asentamientos con sistemas más diversificados, localizados en lugares elevados, a menudo en áreas con altas densidades de población, una mayor diversidad de ubicación y estrategias económicas también más diferenciadas, del Bronce. Sin embargo (ibidem: 1177), defiende una continuidad en el hábitat en el caso de lugares elevados (promontorios, cerros, etc) que flanquean las zonas bajas (por ejemplo, el valle del Guadalentín, costa murciana, NE de Almería, etc.).

Los procesos de expansión y retraimiento poblacionales se enmarcarían en la dicotomía de zonas áridas y húmedas, las famosas áreas bajas y altas de Gilman y Thornes, pero a diferencia de estos autores, matizadas por la aceptación en todo el Sureste de una gran diversidad de ecosistemas (Mathers, 1984a: 16). Mathers cita el caso de *Rambla de Librilla* como ejemplo de comunidad nuclear de explotación de áreas bajas en ecosistemas fluviales. En este caso es cierto que no se constatan para época argárica este tipo de asentamientos, pero se trata de una afirmación que hay que poner en entredicho por la imponente dinámica postdeposicional que se observa en la zona (Cano et al., 1993), que impide verificar esa pretendida ausencia argárica en cotas tan próximas al río; asentamientos en llano argáricos desde luego se han documentado en varios puntos de la Región, incluso junto a ramblas, como es el caso del Rincón de Almendricos (Ayala, 1991: 74).

Todo este bien construido planeamiento ha sido criticado por no explicar los mecanismos de acceso a los lugares sociales dominantes en esa sociedad cada vez más jerarquizada, y cómo se traducen estos en el cambio al tipo de sociedad argárica (Hernando, 1987/88: 63).

Un último planeamiento que conviene tener en cuenta es el expuesto por Ramos Millán (1981: 244 y ss.) para interpretar el Eneolítico del Sureste peninsular, siguiendo el modelo del materialismo cultural de Marvin Harris: el comercio intercomunal, pero no sólo éste (también la construcción de las tumbas o el mantenimiento de las fortificaciones, por ejemplo) superó el marco estrictamente doméstico (Ramos entiende como tal el que se circunscribe a la unidad habitacional de la vivienda), y este fenómeno forma parte de un sistema que está activado por dos hechos fundamentales, la presión demográfica y la existencia de una agricultura básica de secano, cuya interacción genera una presión (la intensificación de la producción se debe a un incremento de la energía dedicada a la misma, y ello es consecuencia de un aumento de la presión demográfica) que provoca una serie de desequilibrios en el sistema social, cultural y económico que abocan a las comunidades

de la zona a alterar todas sus pautas de comportamiento (ibidem: 248-251).

Así se explicaría el progresivo incremento del número de asentamientos, los cambios observados en los componentes de los ajuares, la diversificación y especialización de funciones, y toda esa serie de fenómenos que culminan en el mundo argárico. Y todo ello relacionado con un cambio social, consecuencia de todo lo que se ha expuesto, marcado por la lenta ascensión a las esferas de poder y control de *grandes hombres* pero sobre todo por la «*tendencia del dominio del parentesco al dominio de ramajes; la tendencia hacia una estructura de grados de interés, típicamente clanificada, donde los ascendentes superiores en el marco del parentesco obtienen el grado más alto en el control de la riqueza. Sin embargo, esta realidad última del proceso no parece documentarse hasta la Edad del Bronce. Los «grandes hombres» del «Horizonte de Los Millares» anuncian el desarrollo de genealogías o ramajes, cacicatos o jefaturas argáricas. Las contradicciones territoriales entre las comunidades incitaron en última instancia la emergencia de la estratificación en la misma comunidad»* (ibidem: 254).

VI. EL ANÁLISIS GLOBAL

No quiero acabar sin mencionar una hipótesis de trabajo que a mí personalmente me parece especialmente atractiva y sugerente, pues conjuga el intento por presentar un planeamiento coherente y creíble, bien argumentado, con el estudio detallado del registro material. Me refiero a la propuesta hecha por Martín Socas, Camalich Massieu y Tarquís-Rodríguez (1983: 95-99) a propósito del estudio de la cerámica pintada eneolítica en Andalucía Oriental, elemento también presente en el área murciana (Lomba, 1991/92); esta propuesta, si bien no es enunciada explícitamente por otros autores, sí que se lee entre líneas en varios trabajos como los de Eiroa (1986).

Haciendo referencia a lo dicho hasta ahora, se acepta el influjo mediterráneo, pero rechazando el *modelo colonial*, y sustituyendo la influencia de *ideas y tendencias* del Mediterráneo (Eiroa, 1986; Muñoz, 1986c) por la posible llegada de pequeños grupos de origen mediterráneo dispar e indeterminado. La principal novedad consiste en que se cita explícitamente la llegada física de un impacto exterior a pequeña escala, asumiendo la existencia de contactos directos.

Parten de la base estos autores de que durante el III milenio se observa en la Península Ibérica un proceso de aculturación; pero la conjugación del origen diverso de los pequeños grupos que desembarcarían en las costas peninsulares con un también variado sustrato indígena (en función de una variedad de ecosistemas, paisajes y trayectorias culturales) es la razón principal de la enorme variedad tipológica de los materiales que caracterizan, en su conjunto, el Eneolítico del Sureste español (Martín et al.,

1983: 96-97), variedad y variabilidad que son uniformes y constantes en todo el sur de la Península.

Admiten por tanto la influencia externa directa a muy pequeña escala, y por tanto también la llegada de *ideas* nuevas; pero también se apunta como necesario un *caldo de cultivo* previo en el que fructifican las nuevas orientaciones socioeconómicas y culturales, que necesariamente debía presentar, en el momento histórico de la llegada de estas gentes, rasgos de incoherencia o desequilibrios fruto de su propia evolución totalmente autóctona (ibidem: 97-98).

* * *

Todas estas grandes teorías que hemos repasado brevemente se han centrado en explicaciones generales de un fenómeno tremendamente complejo como es el Calcolítico del Sureste. Complejo por su extensión territorial; por la variedad de sus paisajes; por la diversidad de respuestas a factores ambientales, culturales, económicos, sociales, etc; por la multiplicidad de teorías sobre su origen y desarrollo; y por la gran cantidad de información disponible (incompleta, es cierto) en forma de materiales, estructuras, distribución y paleoambiente.

Mientras las tesis clásicas (Siret, Bosch, Leisner, Martínez Santa Olalla, Val Caturla, Blance, etc.) apoyaron sus afirmaciones en un examen minucioso de algunos (y hay que insistir en que se trataba de una selección) de los materiales y estructuras del Eneolítico del Sureste para establecer paralelismos con otras zonas del Mediterráneo, la mayoría de las tendencias surgidas a la sombra de la *revolución del C14*, y hasta nuestros días (Gilman y Thornes, Chapman, Mathers, Ramos Millán, etc.), se han centrado mucho más en modelos generales en los que la coherencia del discurso ha sido el principal argumento.

Insisto en este detalle para llamar la atención sobre un aspecto de la investigación que se ha relegado a menudo a un segundo plano en estos años de exaltación teórico-metodológica y que, sin embargo, considero fundamental a la hora de verificar los diversos modelos expuestos. Me refiero al estudio exhaustivo de los diferentes aspectos parciales de la cultura material. Los materiales deben ser estudiados de manera individualizada con la mayor profundidad posible, con vistas a definirlos dentro de una secuencia cronológica y cultural lógica en la que puedan asociarse al resto de elementos que componen el registro material. Este posicionamiento es el que llevó a los Leisner, por ejemplo, a establecer sus conocidos *grupos de inventario* e incluso su periodización del *Horizonte Millares*.

Sin embargo, desde los años 40 a la actualidad se ha avanzado mucho en el terreno del conocimiento de la interpretación general del registro, aunque se observa una cierta carencia en el análisis pormenorizado de los diferentes materiales, carencia que ha provocado diversos estudios recientes sobre metalurgia, industria lítica tallada y pulimentada, industria ósea, cerámica, etc.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1959): «La primera fecha absoluta para el yacimiento de Los Millares a base de Carbono 14», *Ampurias*, 21.
- ALMAGRO BASCH, M. y ARRIBAS PALAU, A. (1963): «El poblado y la necrópolis megalítica de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)», *B.P.H.*, 3, Madrid.
- ARRIBAS PALAU, A. (1952/53): «El ajuar de las cuevas sepulcrales de los Blanquizaes de Lébor (Murcia)», *M.M.A.P.*, 13/14, Madrid, pp. 78-125.
- ARRIBAS PALAU, A. y MOLINA GONZÁLEZ, F. (1984): «Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica», *F. Jordá Oblata. Scripta Praehistorica*, Salamanca, pp. 63-112.
- AYALA JUAN, M.M^a. (1991): *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- BERDICHEWSKI, B. (1964): «Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce I Hispánico», *B.P.H.*, 6, Madrid.
- BERNABO BREA, L. (1953/54): «La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica», *Ampurias*, 15/16, Barcelona, pp. 137-235.
- BLANCE, B. (1961): «Early Bronze Age colonist in Iberia», *Antiquity*, 35, pp. 192-202.
- BOSCH GIMPERA, P. (1922): «Ensayo de reconstrucción de la Etnología prehistórica de la Península Ibérica», *Bol. de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Madrid.
- (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- CANO GOMARÍZ, M.; LOMBA MAURANDI, J., SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M^a.J. (1993): «Procesos postdeposicionales en el Valle del Guadentín: la Rambla de Librilla (Librilla, Murcia)», *A.E.*, 16/17, Teruel, pp. 169-179.
- CHAPMAN, R.W. (1982): «Autonomy, Ranking and Resources in Iberian Prehistory», C. Renfrew y S. Shennan (eds.), *Ranking, Resources and exchange. Aspects of the Archaeology of Early Europe Societies*, pp. 46-51.
- (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*, Ed. Crítica, Barcelona.
- CLARKE, D.L. (1984): *Arqueología Analítica*, Ed. Bellaterra, 2^a ed., Barcelona.
- CUADRADO RUIZ, J. (1930): «El yacimiento eneolítico de Los Blanquizaes de Lébor, en la provincia de Murcia», *A.E.A.*, 6, Madrid, pp. 51-56.
- (1947): «Almizaraque: la más antigua explotación de la plata en España», *C.A.S.E.*, 2, Albacete, pp. 168-185.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1986): «Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste», *Historia de Cartagena*, II, Cartagena, pp. 135-145.
- (1989): *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*, Universidad de Murcia.
- (1990): «Datación absoluta del poblado eneolítico de

- La Salud y Cueva Sagrada I (Lorca), Murcia», *Homenaje a Jerónimo Molina*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, pp. 53-76.
- (1995): «El Cerro de las Vïboras de Bagil. A la búsqueda del origen del Bronce Antiguo en Murcia», *Revista de Arqueología*, 165, Madrid, pp. 22-31.
- FERNÁNDEZ AVILÉS, A. (1945): «La cueva funeraria, eneolítica, de la «Loma de los Peregrinos», en Alguazas (Murcia)», *A.P.L.*, 2, Valencia, pp. 73-79.
- (1953a): «La cueva funeraria de la «Loma de los Peregrinos», en Alguazas (Murcia)», *Murgetana*, 5, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, pp. 49-65.
- GARCÍA DEL TORO, J.R. (1980a): «Cueva sepulcral eneolítica de Los Alcores, Caravaca de la Cruz (Murcia)», *A.U.M.*, 37, 1-2, Universidad de Murcia, pp. 239-259.
- (1980b): «Un nuevo enterramiento colectivo eneolítico en la Cueva del Barranco de la Higuera (Baños de Fortuna, Murcia)», *A.U.M.*, 37, 3, Universidad de Murcia, pp. 191-199.
- GARCÍA DEL TORO, J.R. y LILLO CARPIO, P.A. (1977): «Enterramiento humano colectivo del Eneolítico en la Cueva del Barranco de la Higuera (Baños de Fortuna, Murcia)», *Murcia*, 3, 10, Murcia.
- GILMAN GUILLÉN, A. (1987): «Unequal development in Copper Age Iberia», E.M. Brumfield y T.K. Earle (eds), *Specialization, exchange and complex societies*, New Directions in Archaeology, Cambridge Univ. Press, pp. 22-29.
- (1987): «El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste», *T.P.*, 44, C.S.I.C., Madrid, pp. 27-35.
- GILMAN GUILLÉN, A. y THORNES, J.B. (1985): *El uso del suelo en la Prehistoria del Sureste español*, Madrid.
- GILMAN GUILLÉN, A. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1995): «El poblado calcolítico de El Capitán (Lorca): Campaña de 1987», *Memorias de Arqueología*, 3, 1987/88, Murcia, pp. 45-52.
- HAWKES, C.F.C. (1942): «Race, Prehistory and European Civilization», *Man*, 73.
- HERNANDO GONZALO, A. (1987/88): «Interpretaciones culturales del Calcolítico del Sureste español. Estudio de sus bases teóricas», *C.P.U.G.*, 12/13, Universidad de Granada, pp. 35-80.
- IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J.F. (1986): «Incineración parcial en los enterramientos colectivos eneolíticos del SE español», *Mesa Redonda sobre el Megalitismo Peninsular*, Madrid, pp. 165-167.
- (1987): «Informe de excavación de urgencia realizada en la necrópolis eneolítica de Murviedro (Lorca)», *Excavaciones y prospecciones arqueológicas*, Murcia, pp. 93-102.
- LEISNER, V. y G. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*, I, Berlín.
- (1949): «Los monumentos del mediodía de la Península Ibérica, según los resultados a que han llegado G. y V. Leisner», *A.E.A.*, 22, Madrid, pp. 77-85.
- LILLO CARPIO, P.A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*, Universidad de Murcia.
- LOMBA MAURANDI, J. (1989/90): «Los Blanquizaes de Lébor: lo colectivo y lo individual. Una revisión crítica», *A.P.A.U.M.*, 5/6, Universidad de Murcia, pp. 69-79.
- (1991/92): «La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia», *A.P.A.U.M.*, 7/8, Universidad de Murcia, pp. 35-46.
- (1995): *Las industrias líticas talladas del Eneolítico/Calcolítico en la Región de Murcia: tipología, distribución y análisis contextual*, Microforma, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- LÓPEZ, P. et al (1991): *El cambio cultural del IV al II milenio a.C. en la comarca del Noroeste de Murcia*, vol. I, C.S.I.C., Madrid.
- LULL, V. (1983): *La «Cultura» de El Argar (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*, Madrid, Ed. Akal.
- MARTÍN SOCAS, D. et al. (1983): «La cerámica con decoración pintada del Eneolítico en Andalucía Oriental», *Tabona*, 4, Universidad de La Laguna, pp. 95-130.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1991): «La ocupación neolítica en la Cueva del Calor (Cehegín, Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 2, Murcia, pp. 77-91.
- MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J. et al. (1948): «Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de La Bastida de Totana (Murcia)», *Informes y Memorias*, 16, Madrid.
- MATHERS, C. (1984a): «Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in South-Eastern Spain», *B.A.R. Int. Ser.*, 193 (I), pp. 13-44.
- (1984b): ««Linear regression», Inflation and Prestige competition: second millennium transformations in Southeast Spain», *B.A.R. Int. Ser.*, 229 (IV), Oxford, pp. 1.167-1.196.
- MOLINA GRANDE, M^a.C. (1990): «La Cueva de los Ties-tos (Jumilla). La cerámica pintada», *Homenaje a Jerónimo Molina*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, pp. 51-72. Montero Ruiz, I. (1992): «La actividad metalúrgica en la Edad del Bronce del sudeste de la Península Ibérica: tecnología e interpretación cultural», *T.P.*, 49, C.S.I.C., Madrid, pp. 189-215.
- MOTOS, F. de (1918): «La Edad Neolítica en Vélez Blanco», *Mem. de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, 19, Madrid.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M^a. (1982a): «Poblado eneolítico tipo Los Millares en Murcia, España», *Congreso U.I.S.P.P.*, X, México, pp. 297-303.
- (1982b): «Las fortificaciones eneolíticas en la Península Ibérica. El Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)», *Temas de Historia Militar*, Zaragoza, pp. 53-62.

- (1984b): «Poblado eneolítico del tipo Los Millares en Murcia, España», *C.N.A.*, 16, Zaragoza, pp. 71-75.
- (1986a): «Reflexiones sobre metodología arqueológica», *Jornadas de metodología arqueológica*, Murcia, pp. 5.
- (1986b): «El Eneolítico y los comienzos del Cobre en el Sureste», *Homenaje a Luis Siret*, Cuevas de Almanzora, pp. 152-156.
- (1987): «Resumen de los informes de excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento y necrópolis del Cabezo del Plomo (Mazarrón)», *Excavaciones y prospecciones arqueológicas*, Murcia, pp. 103-104.
- NIETO GALLO, G. (1958a): «Nuevos ingresos en el Museo Arqueológico de Murcia procedentes de la cueva artificial de la Loma de los Peregrinos, Alguazas (Murcia)», Madrid.
- (1958b): «La cueva artificial de la «Loma de los Peregrinos», Alguazas (Murcia)», *Ampurias*, 21, Barcelona, pp. 189-244.
- PELLICER CATALÁN, M. (1986): «El Bronce Reciente e inicios del Hierro en Andalucía Oriental», *Habis*, 17, Huelva, pp. 433-475.
- RAMOS MILLÁN, A. (1981): «Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica: la alternativa del materialismo cultural», *C.P.U.G.*, 6, Universidad de Granada, pp. 203-256.
- ROS SALA, M^a.M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín*, Universidad de Murcia.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1983): «Un nuevo ídolo del Bronce I procedente de la cueva sepulcral de La Represa, Caravaca (Murcia)», *Argos*, 2, Caravaca, pp. 21-50.
- (1985): «Aportación al estudio de las cuevas naturales de ocupación romana en Murcia», *Antigüedad y Cristianismo*, 2, Universidad de Murcia, pp. 303-334.
- (1994): «El megalitismo en Murcia: una aproximación al tema», *Verdolay*, 6, Murcia, pp. 39-52.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. y MARTÍNEZ ANDREU, M. (1979/80): «El dolmen de Bagil (Moratalla, Murcia). Análisis palinológico», *Pyrenae*, 15/16, Barcelona, pp. 115-125.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. et al. (1987): «Abrigo de arte rupestre de «El Milano» (Mula). Bien de Interés Cultural», Murcia.
- SANGMEISTER, E. y SCHUBART, H. (1977): «Zambujal. Eine befestigte Siedlung der Kupferzeit in Portugal», *Antike Welt*, 8, 3.
- SCHÜLE, W. (1967): «El poblado del Bronce Antiguo en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y su acequia de regadío», *C.N.A.*, 9, Zaragoza, pp. 113-121.
- (1986): «El Cerro de la Virgen de la Cabeza. Orce-Granada. Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural», *Homenaje a Luis Siret*, Cuevas de Almanzora, pp. 208-220.
- SIRET, H. y L. (1887): *Les premières âges du métal dans le Sud-Est de l'Espagne*, Amberes (traducción española en 1890, Barcelona).
- (1907): «Orientaux et occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques», *Rev. Questions Scientifiques*, 1906/1907, Bruselas (traducción en Arráez Editores, Macael, 1994).
- VAL CATURLA, E. (1948): «El poblado del Bronce I Mediterráneo del Campico de Lébor, Totana (Murcia)», *Cuadernos de Historia Primitiva*, 3, Madrid, pp. 1-36.
- WALKER, M.J. (1984): «The site of El Prado (Murcia) and the Copper Age of South-East Spain», *B.A.R. Int. Ser.*, 193, Oxford, pp. 47-78.
- (1985): «El Prado and the South-Eastern Spanish Chalcolithic», *R.R.N.G.S.*, 1985 (20), pp. 799-834.
- (1990): «El Prado de Jumilla y el problema de la cerámica de cestería del Eneolítico del Sureste peninsular», *Homenaje a Jerónimo Molina*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, pp. 73-86.
- WALKER, M.J. y LILLO CARPIO, P.A. (1984a): «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El Prado, Jumilla (Murcia)», *C.N.A.*, 16, Zaragoza, pp. 105-112.